

UNA CONTRIBUCION BIBLIOGRAFIA MAYOR SOBRE LA LITERATURA PERUANA

Tomás G. Escajadillo

Ya no es un juego de palabras: es una cruel ironía: para estudiar la literatura peruana hay que ir a los Estados Unidos (si nos dan la visa). Esto, que era *vox populi* en los círculos académicos, ha quedado demostrado de manera fehaciente con la reciente publicación de *Peruvian Literature. A Bibliography of Secondary Sources* (London/Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1981, XIII + 324 pp.), de David William Foster, profesor de la Arizona State University. Omitiendo los textos de “creación” —de allí lo de “fuentes secundarias”— este importante libro contiene referencias críticas a fenómenos literarios y autores peruanos provenientes de innumerables libros y una verdaderamente impresionante lista de más de 500 revistas —504 para ser exactos— literarias, la mayoría de ellas de la categoría de “académicas” (como la que presenta estos comentarios). Lo abrumador es que están todas. Todas las revistas “académicas” que tengan que ver con lo hispanoamericano —o aún incluso simplemente con lo hispánico— han sido fichadas. Me atrevo a pensar que el porcentaje de estas publicaciones no-peruanas que se puede consultar en las tristes hemerotecas del Perú —comenzando con la tan venida a menos Hemeroteca de la Biblioteca Nacional y siguiendo con la de la ex Facultad de Letras de San Marcos, virtualmente paralizada a partir de 1969— no llega al 100/o. Si Mister Foster puede leer lo que se ha publicado en esas 504 revistas sin mayor problema, nosotros padeceríamos mucho para leer incluso las publicaciones peruanas, que no suelen estar, o están incompletas, en nuestras hemerotecas-lumpen, y —pienso yo— no tendríamos cómo consultar ni el 100/o de lo publicado en las revistas no-peruanas (que son la gran mayoría de la lista de Foster). En algún momento del Prefacio Foster habla que el “corte” que realiza para su compilación es flexiblemente 1979-80, y ello “por la dificultad para obtener referencias a publicaciones recientes de América Latina, y debido a la demora general en la comunicación bibliográfica a causa de la demora de los materiales del Perú en llegar a los Estados Unidos” (p. XIII). Dichoso él, a quien las cosas peruanas demoran pero le llegan, mientras que nosotros estamos prácticamente “cortados del mundo” en lo que se refiere a revistas “académicas” (y también de las otras) en el área de las humanidades, y muy especialmente en lo que se refiere a publicaciones sobre la literatura hispanoamericana (que las hay en todo el mundo). Hay, hermanos, muchísimo que hacer.

El libro que comentamos constituye una contribución mayor, verdaderamente trascendente, en el campo de la bibliografía referida a la literatura peruana. El profesor Foster, que es un bibliógrafo de primera, nos ha hecho un gran servicio al realizar este encomiable y extenso trabajo sobre nuestra literatura. Anteriormente había publicado compilaciones similares sobre la literatura mexicana, argentina y chilena —afirma que su *Chilean literatura*, 1978, presenta el diseño básico del presente libro dedicado a la literatura del Perú—, ahora, al puntualizar la situación del país sobre cuyas letras ha decidido trabajar afirma: “La literatura peruana es incuestionablemente una de las literaturas nacionales “claves” de América Latina. Desde el período colonial, cuando Lima era quizás el más elegante de los varios centros virreinales de la administración española, los autores peruanos ha señalado el paso para todas las áreas de la literatura hispanoamericana. Junto con México, Argentina y Chile, el Perú ha tenido centros intelectuales y editoriales tradicionalmente importantes, como Lima y Cuzco, y también ha brindado a la literatura internacional importantes figuras como César Vallejo y Mario Vargas Llosa. [Construcción binaria poco afortunada, creemos]. Sin embargo, pese a la existencia de varios diccionarios literarios y bibliografías, hasta ahora no se había hecho una compilación que fuera una bibliografía crítica comprensiva de autores peruanos” (p. VII).

Foster hace una sumaria referencia a las fuentes de su trabajo. Tiene cuidado en insertar su libro dentro de una serie, cuyos antecedentes más cercanos (Tauro, 1959; Sánchez, 1969), destaca adecuadamente, dejando patente al mismo tiempo la utilidad que para él han tenido estas dos bibliografías y las diferentes características de la suya con respecto a ellas. Nota así que Alberto Tauro (*Bibliografía peruana de literatura 1931-1958*. Lima, 1959) no incluye en su compilación artículos provenientes de revistas. Por otro lado a Foster sólo le interesan las referencias críticas a un autor, no textos de creación, que son lo sustancial en el trabajo del profesor Tauro. Personalmente ésta es la única fuente bibliográfica general que yo consideraba totalmente confiable —hasta el presente libro de Foster. Pero, como bien señala éste, el libro de Alberto Tauro cubre un período muy breve, y se interrumpe justamente en los años previos al *boom* de las letras hispanoamericanas. Con relación al trabajo colectivo encabezado por Luis Alberto Sánchez (*Contribución a la bibliografía de la literatura peruana*. Lima, UNMSM, 1969, parte de un ambicioso —y confuso— proyecto: *Repertorio Bibliográfico de la Literatura Latino-Americana*, 1955-1969), Foster comenta que por su organización —que no es por autores— su uso es un tanto dificultoso; que si bien incluye referencias provenientes de revistas “académicas” (e incluso de publicaciones genéricas que el propio Foster habría omitido en tanto sus referencias son “selectivas”), estas son, en su casi totalidad, de revistas publicadas en español y que, por tanto, siendo la bibliografía de Foster más selectiva y excluyente (en la medida de que un artículo tiene que aparecer en una revista “académica”, “seria”, “cultural” y muy excepcionalmente incluye artículos —que deben ser algo notable— provenientes de periódicos, revistas generales o incluso suplementos culturales), resulta ilustrativo que Sánchez registre, por ejemplo,

sólo 105 “entradas” para Palma (incluidos algunos artículos que Foster habría eliminado) frente a las 230 fichas que registra el presente libro. Así frente a las 308 fichas de Garcilaso que proporciona Foster, Sánchez consigna 50. Pero lo más concluyente es el siguiente dato de Foster: Sánchez —considerando que publicó su trabajo en 1969— sólo contiene el 250/o de la información que ha sido compilada en el libro del primero. De otro lado quisiera cumplir con el ineludible deber de manifestar que el trabajo de Sánchez —importante y ambicioso— es muy desigual: no todos los colaboradores son igualmente confiables. Y el propio Sánchez —que proporciona la mayoría de las entregas, de su desordenada alforja de caminante—, piloto de la nave, nunca destacó precisamente por su rigor bibliográfico (incurre con frecuencia, por ejemplo, en lo que Foster llama las “referencias-fantasmas”).

La organización de la compilación de David William Foster es sencilla y eficaz (y está confesamente basada, en lo fundamental, en los criterios de la Biblioteca del Congreso). Sus fichas sobre “Trabajos Críticos sobre Literatura Peruana” se dividen en dos secciones: “Referencias Generales” (que abarca unas 50 páginas del libro) y “Autores” (que con 250 páginas son la parte del león). La primera sección, signada con letras, trata de no multiplicarse en complicadas clasificaciones. Así, los temas, sucesivamente tratados, son: Bibliografías, Historia y Crítica Generales, Recopilaciones de Ensayos de Crítica, Estudios sobre la Crítica, Literatura Peruana y Literaturas Extranjeras, Tópicos Literarios Especiales, Autoras (?), Estudios Generales sobre Literatura Colonial, Id. sobre siglo XIX, Id. sobre siglo XX, Estudios Generales sobre Poesía, Poesía del siglo XX, Tópicos Especiales en Poesía, Estudios Generales sobre el Teatro, Teatro Colonial, Teatro del siglo XIX, Teatro del siglo XX, Tópicos Especiales sobre el Teatro, Estudios Generales sobre Prosa de Ficción, Prosa de Ficción del siglo XIX, Prosa de Ficción del siglo XX, Tópicos Especiales en Prosa de Ficción, Literaturas regionales y locales. La segunda y más extensa parte está destinada a fichas sobre 38 autores, de Martín Adán a Vargas Llosa, en orden alfabético, y de Garcilaso de la Vega a Javier Heraud y Antonio Cisneros, en orden cronológico. Como es de suponer, en todo acto antológico hay un margen para el error o la arbitrariedad: siempre sucede que “no son todos los que están y no están todos los que son”. Así lo entiende el propio Foster: “Tomó nota por anticipado de la desilusión y la sorpresa del usuario de este libro frente a algunos autores que no están representados en el mismo” p. VIII). También sobre los que aparecen: si el teatro peruano no es precisamente un género floreciente, quizás podría aceptarse la presencia de Enrique Solari Swayne para que represente al gremio actual, no creo que fuese necesario incluir a Alonso Alegría para que le hiciera compañía. Por lo menos no en una lista tan selectiva (sólo 38 autores en toda nuestra larga historia literaria, que abarca a autores separados por más de 400 años). Se hace notar que sólo hay un narrador de la misma generación que Alonso Alegría (Alfredo Bryce), y dos poetas (Heraud y Cisneros).

En cuanto a los que faltan, si, con toda justicia, están Washington Delgado y Carlos Germán Belli, es clamorosa la ausencia de otros miembros de esa ex-

celente generación, Alejandro Romualdo en primer lugar. Asimismo es inexplicable la ausencia de un poeta ligeramente mayor, Javier Sologuren (a quien pudo acompañar Eielson). Soy consciente que la lista de Foster es selectiva y que la casi totalidad de sus integrantes son inamovibles, incuestionables. Pero la presencia de varios escritores relativamente jóvenes da pábulo a presentar el consabido “pliego de reclamos” de los que no están. Así para mí, como lo he expuesto en varias oportunidades, José Diez-Canseco es una figura “clave” en el desarrollo de la prosa de ficción de nuestro siglo: debió ser considerado. En igual forma, me parece que la solitaria presencia de Julio Ramón Ribeyro representando a la “generación de mediados del cincuenta” (también esta Sebastián Salazar Bondy, pero muy poco tomado en cuenta en su faceta de narrador) pudo modificarse con la inclusión de otro compañero generacional, lo que daría una idea más adecuada del trabajo de estos escritores: Carlos Eduardo Zavaleta.

Y, así, la lista de omisiones podría multiplicarse. Foster anticipa el problema de que muchas veces la importancia de un escritor no se compagina con una considerable ausencia de trabajos críticos sobre él. Digamos Gamaliel Churata, un “marginal”, un escritor que “está todavía por ser (re-)descubierto”. En todo caso la compilación de Foster no hubiera perdido rigor ni “selectividad” —muy por el contrario, se hubiera enriquecido en todo sentido— con la inclusión de otros autores que, un tanto al azar y peligro de la memoria, me limito a nombrar: Xavier Abril, Abelardo Gamarra, Mario Florián, Clemente Palma, Eleodoro Vargas Vicuña, Emilio Adolfo Westphalen, Alberto Ureta.

El libro de Foster contiene muchas novedades y no pocas sorpresas. Previsiblemente el autor que acumula menos fichas es Alonso Alegría (apenas tres); menos esperable era que escritores tan difundidos en todo el mundo como Bryce y Scorza presenten tan pocas “entradas”, 15 y 17, respectivamente (considerando, sobre todo, la gran cantidad de traducciones que registran las novelas de Scorza). Podría pensarse que en esto Foster ha sido rígidamente “selectivo”, al no incluir referencias críticas que no alcanzan sus “standars” (aceptación de la crítica “cultural” y “académica”; rechazo de la crítica simplemente “periodística”), pero Foster dice justamente lo contrario (p. VIII). Al aclarar que en este caso no ha sido tan rigurosamente “selectivo” como en el caso de la abrumadora bibliografía acumulada sobre Vallejo. Nos guste o no nos guste, nos sorprenda o no nos sorprenda, el caso es que el libro de Foster nos da una imagen bastante completa del quehacer de la crítica nacional e internacional con relación a nuestros principales escritores. No era, desde luego, una sorpresa esperar una crítica enorme sobre, en primer lugar, Vallejo (523 fichas), Garcilaso (307 fichas), Vargas Llosa (288 fichas), Palma (244 fichas) o Mariátegui (222 fichas); sí resulta una novedad la comparación de cómo han sido estudiadas por la crítica hispano-americanista (dentro de la cual se incluyen la casi totalidad de las revistas peruanas significativas) nuestras principales figuras literarias. Una observación preliminar podría ser la de que, aunque nuestros “clásicos” desaparecieron un tanto en los trabajos críticos de los últimos veinte años, el resultado acumulativo de la

crítica de todos los tiempos los deja bien representados frente a autores jóvenes, talentosos y de gran éxito en los últimos tiempos, pero que a nivel de crítica todavía no han acumulado un caudal importante —o, lo que es lo mismo para el profesor Foster, hay sobre ellos mucha crítica meramente “periodística”, que no alcanza los requisitos que él ha fijado para poder ser considerada en su bibliografía. Algunos autores que aparecen bien representados en la compilación de Foster, en relación a la presencia que se suponían podrían tener en el combinado caudal de la crítica nacional y extranjera son, para citar pocos ejemplos, Sebastián Salazar Bondy (34 fichas), Ciro Alegría (123 fichas), Arguedas (188 fichas) y Eguen (150 fichas).

En el terreno bibliográfico mismo —donde el rigor es la norma— encontramos, de todas maneras, algunas prácticas cuestionables. No se indica el número de páginas que contiene un libro, lo cual es contradictorio porque sí se hace para artículos provenientes de revistas o integrantes de libros colectivos. De esta suerte el lector no tiene cómo saber si se encuentra frente a una publicación de 24 ó 500 páginas. Ocasionalmente, asimismo, se consignan ediciones a mimeógrafo, sin indicación de este hecho (por ejemplo: Julio Díaz Falconí: *La dimensión del recuerdo en Valdelomar*. Ayacucho, Perú, Universidad San Cristobal de Huamango (sic), 1965). Aunque las normas bibliográficas o “reglas de juego” provengan de la Biblioteca del Congreso (de lo E.U.) del Fondo Monetario Internacional o de quien sea, a nosotros se nos aparece como precisiones ineludibles el consignar el número de páginas de un libro y su carácter mimeográfico —que alude adecuadamente al “circuito de difusión” de tal publicación.

Teniendo debida consideración al hecho de que en trabajos bibliográficos de la envergadura del presente es inevitable omisiones y fallas, señalemos de todas maneras algunos pocos ejemplos. Foster inventa a un “Eduardo” que es Edmundo Bendezú Aibar (1.2, p. 51) y lo amplía en el INDICE (p. 307), adjudicándole 4 fichas de Edmundo B.A. A Francisco Bendezú Prieto lo convierte en hermano de Edmundo - Eduardo. Así el libro de Francisco Carrillo sobre Clorinda Matto se anuncia publicado por la “Biblioteca Nacional”, cuando fue editado en el sello personal del mismo autor, “Biblioteca Universitaria” (21.2, p. 180); de César Moro se indica es el seudónimo de César (sic) Quispes (sic) Asiú (sic), (p. 190), lo cual sí me parece excesivo; a “Mario” Gutiérrez le adjudican un texto de Marco Gutiérrez, publicado en el No. 14 de *Letras Peruanas*, sobre Oquendo de Amat (25.2, p. 196); el *Homenaje a Peralta* (UNMSM, Facultad de Letras y C.H., Instituto de Literatura No. 18), no se identifica, como es la norma, como Separata de la Revista *Letras* (Nos. 72-73); a Gerardo Mario Goloboff se le presenta como “Fernando M.” (17.13, p. 155); a la Universidad Católica se le designa “Pontificia y Nacional Universidad Católica del Perú” (p. 180; quizás aludiendo irónicamente al fuerte subsidio estatal que recibe).

Foster es justamente crítico de la metodología y la exactitud de los trabajos bibliográficos relativos a la literatura hispanoamericana: razón de más para que seamos especialmente meticulosos —dentro de la brevedad del espacio— en seña-

lar incongruencias y omisiones —algunas muy difíciles de evitar— en su valiosa compilación. Por ejemplo, hablar de Luis Eduardo Valcárcel a esa figura señera que para nosotros siempre fue —desde su aparición en el primer número de *Amauta* (1926) y aún desde antes— simplemente Luis E. (curiosamente esta inconsistencia la he detectado en no pocos estudios serios de autores extranjeros). Por ejemplo considerar los ítems 35.17 y 35.18 como cosas distintas cuando el primero corresponde a la tesis (1955) que constituye “la primera versión” del segundo, *Perfil y entraña de 'El Caballero Carmelo'*, según lo puntualiza en este libro (1968) su autor, Armando Zubizarreta. Por ejemplo considerar que una serie de publicaciones peruanas —que ya pasaron muy limeñamente a mejor vida— se siguen publicando en 1979-80 (*Alpha* (Barranco), *Anales de la UNMSM* (largamente difunta), *Boletín de la Biblioteca Nacional* (?), *Cuadernos del CONUP* (!), *Copé*, *Cultura Peruana* (cuyo sensible fallecimiento lamentáramos allá por 1965 en la revista *Letras*), *Cultura y Pueblo* (que se extinguió en 1970), la lista sería larga, e incluiría también muchas publicaciones chilenas que de casualidad dejaron de existir con la aparición de Pinochet). Esta última observación, sin embargo, si bien pudiera confundir a un bibliófilo, no afecta a la mayoría de los lectores del libro.

Una de las cosas que seguramente interesarán también a los “usuarios” de este libro (como su autor escoge nombrarlos) será el volumen (ya que no la calidad) de la producción de los críticos, tal como está representada en publicaciones nacionales y extranjeras (es interesante señalar que, salvo muy contadas omisiones —*San Marcos*, en sus tres etapas, por ejemplo— la casi totalidad de las revistas peruanas de alguna importancia han sido consultadas por Foster). En este terreno no hay sorpresas: los primeros lugares los ocupan (en este orden) Luis Alberto Sánchez, Estuardo Núñez y Augusto Tamayo Vargas. Desde luego que no me he tomado el trabajo de averiguar qué es lo que puede estar faltando, de una manera sistemática. Pero sí se podría señalar al paso que al director de esta revista, dentro de sus trabajos sobre Clorinda Matto le incluyen su prólogo a *Indole* (21.19, p. 181), pero no el de *Herencia*, lo cual no deja de ser extraño porque ambos libros fueron publicados —y en la misma fecha— por el Instituto Nacional de Cultura. Tampoco aparece su artículo sobre “Paco Yunque” publicado en el *Homenaje Internacional a César Vallejo* que preparó la revista *Visión del Perú*, volumen que, sin embargo, ha sido utilizado profusamente por Foster. Otra cosa que llama la atención —especialmente tratándose de un trabajo que concede tanta importancia a las contribuciones bibliográficas que ellas constituyen una de las tres secciones en que se distribuyen las fichas de cada autor— es que Foster no señale que el libro de Luis Fabbio Xammar, *Valdelomar: signo*, (Lima, Sphinx, 1940), contiene una valiosa y extensa bibliografía que es la auténtica fuente de todos los trabajos posteriores de su tipo (35.16 y 35.80). Quizás la manera más económica de ilustrar omisiones sea la poco elegante relación de textos míos que no he encontrado en la compilación de Foster: sobre Chocano (prólogo a la *Antología poética* publicada por la Editorial Universo), sobre López Albújar (texto sobre *Nuevos cuentos andinos* aparecido en el No.

11 de los *Cuadernos del CONUP*; texto sobre *Letras Peruanas* y otras revistas (*Letras* Nos. 72-73); texto sobre *El Caballero Carmelo* (*Amaru* No. 7), prólogo a *Alférez Arce, Teniente Arce, Capitán Arce. . .*, de S. Salazar B. (Casa de la Cultura, 1969); otras omisiones pueden deberse a la lentitud —que subraya Foster— con que llegan a Norteamérica las publicaciones peruanas.

De otro lado es poco coherente que, mientras la casi totalidad de las tesis presentadas en los Estados Unidos sean puntualmente consignadas, no suceda así con las peruanas. Una rápida lista, referida sólo a los últimos años a San Marcos y la Universidad Católica, arrojaría una gran cantidad de información omitida —por dificultades que pudieron resolverse fácilmente contactando a un corresponsal en Lima— en el libro de Foster: **Arguedas**: Guillermo Príncipe Cotillo (2 tesis), SM, 1972 y 1975; Yolanda Westphalen, SM, 1972; Abidemio Arellano V. (2 tesis), SM, 1973 y 1974; Ana María Gazzolo, SM, 1974; Miguel Gutiérrez C., SM, 1974; Saúl Domínguez A., SM, 1976; Gisela Jorger W., SM, 1976; Manuel Montenegro, SM, 1976: **Alegría**: Goran Tocilovac, SM, 1975; Eduardo Urdanivia, SM, 1975. **La Amarilis Indiana** (como la llama Foster): Carlos Milla Batres, SM, 1975. **A. Cisneros**: José Gonzalo Morante, SM, 1975; Róger Zapata Kuyén, SM, 1976. **S. Salazar Bondy**: José A. Biondi S., Puc, 1973. **Vargas Llosa**: Darío Chávez de Paz, SM, 1970. **Martín Adan**. Ognena Casule, Puc, 1973; Miroslav Lauer, Puc, 1972; Alejandro San Martín, Puc, 1975; Leonidas Yerovi, Puc, 1976. **César Moro**: Patricia Pinilla, SM, 1979. **Eguren**: José Luis Rivarola, Puc, 1966¹; Guillermo Danino Ribato², Puc, 1972 (2 tesis); Adolfo Venegas Jara, Puc, 1977. **Heraud**: Edgar O'Hara, Puc, 1978. **Delgado**: Carmen Luz Bejarano de Núñez³ (2 tesis, SM, 1973 y 1974. **Oquendo**: Ana María Rocha, Puc, 1972. **Bryce**: Lucy Ruiz Alary, Puc, 1972. **López Albuja**: Antonio González Montes, SM, 1972. **Valdelomar/Colonida**: Willy Pinto Gamboa (2 tesis), SM, 1972 y 1973. **Vallejo**: Enrique Ballón, SM, 1971; Catalina Arianzén, SM, 1973, Marco Martos, SM, 1974. Manuel Velásquez R. (2 tesis), SM, 1974 y 1976. Como podrá apreciar el lector hay una suerte de asombrosa "división del terreno" entre los egresados de San Marcos y la Universidad Católica: donde trabajan unos se ausentan los otros. San Marcos registra, en estos años 10 tesis sobre Arguedas y 5 sobre Vallejo: la Católica ninguna, pero sí 4 dedicadas a Martín Adan y a Eguren, que no merecieron la atención de los graduandos sanmarquinos. El único autor que rompe este desconcertante esquema (que quizás debiera merecer una reflexión aparte) es **Ribeyro**: Duilio Carrera, SM, 1978; María Sol Bello Domínguez, SM, 1978, María Iliana Bancharo, Puc, 1971; Alicia Saco, Puc, 1970; Eduardo Huarag Alvarez (2 tesis), Puc, 1974.

Los ejemplos podrían multiplicarse. De otro lado, en el acápite de omisiones, habría mucho que agregar, proveniente de fuentes peruanas. Por ejemplo, se han consultado *algunos* de los tomos de la colección Autores Peruanos de la Editorial Universo y *algunos* de los de PEISA/Biblioteca Peruana: faltan la ma-

1. Citada.
2. Citada la segunda.
3. Citada la primera.

yoría. En estos somos conscientes de las dificultades enunciadas por el profesor Foster para conseguir materiales peruanos: nos limitamos a señalar omisiones que podrían perfeccionar una segunda edición de su trabajo. Así, por ejemplo, hemos detectado *cerca de veinte omisiones* de textos sobre Mariátegui (cuya fecha de nacimiento —aclarada desde los primeros trabajos de Rouillón— se consigna equivocadamente como “1895” en vez de “1894”). Algunos de los problemas de Foster consisten en conseguir información sobre tesis universitarias peruanas: sólo informa de algunas de ellas, sobre todo antiguas, que han tenido alguna resonancia y difusión especiales (en este sentido, podría serle muy útil para una segunda edición los datos sobre tesis de San Marcos y la Católica consignados en la revista *Hueso Húmero*, para los tiempos recientes).

Nada de lo anterior desmerece el enorme esfuerzo y los logros incuestionables de *Peruvian Literature. A Bibliography of Secondary Sources*, libro que, digámoslo sin reticencias, marca un importante hito en los esfuerzos de este tipo realizados sobre nuestra literatura. David William Foster ha construido un puente que nos permitirá —pero no, desgraciadamente, desde el Perú— vincularnos sobre lo que en el mundo entero se ha escrito sobre nuestras principales figuras literarias: Perú del mundo, y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!

hueso húmero

Anuncia
su número 15
dedicado
al psicoanálisis
en el Perú

Dirigen Abelardo Oquendo y Mirko Lauer

Correspondencia y canje
Conquistadores 1130, San Isidro
Lima - Perú.